

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MÉXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, EN LA CENA OFRECIDA EN HONOR DEL PRESIDENTE DE VENEZUELA, JAIME LUSINCHI

Distinguido señor doctor Jaime Lusinchi, presidente de la República de Venezuela:

Una amistad genuina y profunda hermana a Venezuela y México. Nuestras naciones entrelazan hoy, como ayer, vocaciones y afanes, ven en su presente una experiencia compartida y en su porvenir una voluntad semejante de construir un desarrollo en la libertad y la justicia.

Representa usted, doctor Lusinchi, a la Venezuela democrática. En usted reconocemos a un estadista que ha sabido conducir sabiamente su nación en tiempos que son de crisis para toda América Latina.

Nos ha correspondido gobernar, doctor Lusinchi, en una hora difícil; hora de incertidumbre y graves retos para nuestros pueblos. Al desorden y las insuficiencias del sistema internacional se han sumado el estancamiento de las economías, desequilibrios en la producción y una secuela de contracciones en el bienestar y las expectativas de progreso de las mayorías.

Los desafíos para Venezuela y México han sido y siguen siendo de gran magnitud y complejidad. No obstante, ambos países han resistido la crisis y avanzan en su resolución. En lo interno revisan, ordenan e impulsan. En la acción internacional, reafirman independencia, dignidad y compromiso con el derecho, la paz y la cooperación. Hay, en todo ello, algo más que coincidencia: expresión de afinidad y reiteración de intereses comunes.

Señor presidente y amigo:

Las visitas de Estado son, en casos como éste, instrumentos insustituibles en el ejercicio de una diplomacia activa, previsor y decidida. Permiten generar voluntad política para la iniciativa y la articulación de recursos y de acciones.

Como en ocasiones anteriores, hoy nos reunimos en el inmejorable marco de la amistad fraterna y de los objetivos y valores compartidos.

Analizaremos por ello cuestiones regionales e internacionales del mayor interés para nuestros países. Impulsaremos con decisión, los intercambios económicos, científicos, técnicos y culturales y, debo subrayarlo, la consolidación de los mecanismos de concertación política que son motor principal para alcanzar nuestros objetivos.

Gobiernos y sectores productivos de ambos países deben redoblar esfuerzos para que el comercio bilateral, caracterizado por su diversificación, corresponda en cuantía al potencial que existe y que en su mayor parte no es aún aprovechado. La cooperación en materia financiera debe constituir un estímulo creciente en las transacciones comerciales y el desarrollo de proyectos industriales y tecnológicos. El gobierno de México ve con interés el establecimiento de empresas de coinversión que aprovechen economías de escala, el espacio que abre la suma de ambos mercados y las posibilidades de acceso a terceros países.

Hemos avanzado en la suscripción de un acuerdo de complementación económica. En materia petrolera y petroquímica, el programa de cooperación seguirá rindiendo beneficios tangibles a los dos países. Es justo reconocer que Venezuela y México han asumido un papel responsable y dinámico para dar al mercado mundial del petróleo estabilidad y lograr precios justos. Seguiremos sumando influencia con buen juicio.

Son muchos los campos de cooperación con potencial para enriquecer nuestras relaciones. El transporte marítimo y aéreo puede incrementarse para facilitar la comunicación entre personas y los intercambios de bienes y servicios. También el turismo — generador natural de divisas—; la pesca — donde tenemos información y experiencias que compartir—; la planeación económica y social — donde ya funciona con éxito un acuerdo de cooperación técnica— y, desde luego, el vasto y rico campo de la cooperación cultural que es fuente de identidades, comprensiones y solidaridades.

Mi gobierno reafirma en esta ocasión su voluntad firme de no escatimar esfuerzos para que los vínculos entre Venezuela y México se fortalezcan significativamente.

Señor presidente Lusinchi:

La manifiesta incapacidad de la comunidad de naciones para resolver la persistente crisis económica combinada con tensiones políticas e incumplimientos del derecho de gentes, contaminan la atmósfera mundial y limitan severamente el desarrollo de los pueblos de América Latina.

Nuestros intercambios con los países industrializados padecen un obstinado deterioro, al existir un sistema de interdependencias que, por darse entre desiguales y des-

provisto de un sentido de justicia, entraña el sacrificio de los más débiles.

La pinza que detiene el desarrollo tiene una tenaza en la crisis mundial, pero otra en nuestros propios rezagos seculares. A las influencias y desequilibrios añejos, se suman ahora factores externos que obligan a desandar caminos y a menudo arrastran a los pueblos a niveles de vida que habían superado tiempo atrás.

Los efectos perversos de tal escenario cercenan viabilidad a las estrategias nacionales de desarrollo. El desgaste económico, con su dolorosa secuela social, puede tornarse en seria amenaza para el sistema democrático, valor y compromiso irrenunciable pero no garantizado. Por ello, cuánta razón tiene usted, señor presidente Lusinchi, al advertir que:

... las semillas de una recaída en el autoritarismo pueden, rápidamente, diseminarse a lo largo y ancho de nuestro continente, a menos de que logremos impulsar consistentemente las economías y las sociedades latinoamericanas hacia el desarrollo...

En la promoción de un orden económico internacional más justo y equilibrado, nuestros países han librado juntos muchas batallas. A nivel regional, la creación y fortalecimiento del Sistema Económico Latinoamericano, el sostenimiento del Acuerdo de San José de Cooperación Energética con países de Centroamérica y el Caribe, la participación en el Consenso de Cartagena y, más recientemente, en el Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación, expresan con elocuencia la valía del concurso político de Venezuela y México.

Centroamérica presenta otro grave desafío. En esa región pueblos hermanos viven días de trastorno, sobresalto y confusión. La sombra de la confrontación oscurece el panorama. Evitar la guerra es un imperativo. Nadie podría, con sensatez, observar impasible el avance de las fuerzas de la intolerancia.

Están en riesgo instituciones que deben ser perfeccionadas, no destruidas; una infraestructura social y productiva que en vez de ser dañada, debe crecer y consolidarse. Pero, sobre todo, están amenazadas vidas humanas que deben protegerse y a las que corresponde cumplir una alta tarea: remover los obstáculos al desarrollo y construir patrias centroamericanas más justas, más democráticas, más independientes.

El conflicto regional implica ya, entre otros efectos negativos, flujos considerables de refugiados; alteraciones en los vínculos comerciales con el área; el avance del militarismo que amenaza la estabilidad regional y la seguridad nacional de los países vecinos. ¿Cómo podríamos permanecer imperturbables ante tales riesgos, cuando principios e intereses están en juego?

Además de la preocupación fraterna por el destino de Centroamérica, a los países de los Grupos de Contadora y de Apoyo nos preocupa legítimamente el impacto trasfronterizo que tendría el desbordamiento del conflic-

to. En este sentido, el invariable compromiso de México con Contadora y con la solución diplomática se explica ciertamente por razones de naturaleza ética y por nuestro apego histórico al derecho. También, porque el conflicto pone en riesgo intereses nacionales cuya defensa es irrenunciable.

La racionalidad y la ética políticas demandan una negociación diplomática. La demandan los pueblos centroamericanos. La responsabilidad histórica de decidir por esa paz o por la violencia compete, esencialmente, a los gobiernos del istmo centroamericano, sin embargo, no por ello ignoramos la responsabilidad de fuerzas extrarregionales, que a veces parecieran ser determinantes.

Confiamos en que habrá de celebrarse la reunión de mandatarios de América Central convocada para agosto en Guatemala. El diálogo es el principio de la solución; lo demás será fruto de la razón y el derecho. Son éstas las únicas vías para garantizar los intereses esenciales y legítimos de todas las naciones en conflicto.

Señoras y señores:

América Latina es tierra de esperanza. Más de 400 millones de habitantes, jóvenes en su inmensa mayoría, así lo atestiguan. Es igualmente, tierra de desafíos. Casi incalculables son las demandas de alimentación, salud, empleo, educación y vivienda. La explosión urbana y los desajustes ecológicos hablan también de la magnitud de las responsabilidades colectivas. Los retos políticos son evidentes.

Frente a sus problemas, Latinoamérica está aprendiendo a vincular afinidades y a convertirlas en solidaridad y concertación. Avanza con iniciativas y acciones políticas comunes. Cada vez más se configura ese elemento que amalgama la integración: la voluntad política. Así honramos, de espléndida manera, el ánimo que inspiró a Simón Bolívar y a los próceres que vislumbraron una gran patria latinoamericana.

Su visita, señor presidente Lusinchi, es ocasión para reafirmar el compromiso de México de apoyar, con plena certeza, la cooperación política y económica en nuestra región.

A la concertación política latinoamericana se oponen fuertes obstáculos. No los ignoramos. En el mismo mazo territorial coexisten realidades sociopolíticas distintas, derivadas de diversos influjos históricos, políticos y sociales. La geografía accidentada, las distancias y las incommunicaciones son a menudo escollos reales. Las insuficiencias estructurales y las dificultades de coyuntura de nuestros sistemas productivos, en ocasiones más competitivos que complementarios, no pueden ser soslayadas. A ello se suma la influencia de poderosas fuerzas extrarregionales que quisieran una América Latina postrada, sin futuro propio, sin una historia que sirva a las generaciones del mañana como sostén de identidad y de estima nacional.

A pesar de las dificultades, o precisamente por ellas, ésta pudiera ser la hora de América Latina. La hora de convertir en unidad de acción las afinidades y el indomable ideal histórico de una comunidad latinoamericana integrada. Es imperativo mantener independencia; reducir vulnerabilidad; propiciar un verdadero desarrollo social; dar a nuestras naciones un peso mayor, más efectivo, en el concierto internacional. Así se explica el establecimiento del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política por ocho gobiernos latinoamericanos que comparten intereses e interpretaciones y del que forman parte Venezuela y México.

Hay la determinación de consolidar los cauces de entendimiento político en beneficio de toda América Latina. Para ello, podría resultar de la mayor trascendencia la celebración de un encuentro de los ocho jefes de Estado antes del final del año. Cuestiones como la crisis económica latinoamericana; la deuda externa; el conflicto de Centroamérica; el impulso a la colaboración política y a la integración económica de la región justifican plenamente convertir en realidad los propósitos.

Un ejemplo que resume buena parte de las contradicciones que enfrentan los países latinoamericanos, sin excepción alguna, es la crisis del endeudamiento externo. Insistimos en que para pagar es necesario crecer; en que nuestro primer compromiso es responder a los requerimientos legítimos de nuestros pueblos en favor del desarrollo.

Urge dar un nuevo enfoque al problema de la deuda externa latinoamericana. Urgen respuestas innovadoras que signifiquen un reparto corresponsable y equitativo de los costos de los ajustes en la economía mundial. En éste, como en otros campos América Latina tiene aún mucho que decir.

Señor presidente Lusinchi:

Como Venezuela, somos una nación democrática y plural. Una nación que no pretende ni unanimidad ni uniformidad; que sólo aspira a mantener un consenso

esencial en torno a los principios y objetivos fundamentales de su proyecto histórico.

En México, como en Venezuela, no aceptamos el maniqueísmo que ambiciona imponer modelos políticos. Frente a quienes procuran la reproducción mecánica de sistemas extraños a nuestra identidad, afirmamos que cada pueblo ha de andar su propio camino, en ejercicio de su libre autodeterminación. Nadie tiene derecho a imponer a otros pueblos —ni siquiera en nombre de la libertad y de la democracia o de la justicia— réplicas de su sistema político.

Muchos son los afanes comunes que hacen que la presencia de Venezuela esté viva en México. Ilustres venezolanos encontraron aquí, cuando lo requirieron, calor fraterno. En esta tierra encontré refugio y cerró sus ojos para siempre Andrés Eloy Blanco, el gran poeta que tan bien encarna la integridad y la sensibilidad de los venezolanos. Hoy apreciamos de cerca el cúmulo de expresiones del quehacer nacional de ese país hermano siempre pujante, siempre ávido de porvenir.

Son incontables las tareas que tienen por delante nuestras dos naciones. Nos corresponde encontrar, con imaginación y realismo, opciones de bienestar; nuevas avenidas a la esperanza.

Una vigorosa comunidad de aspiraciones y luchas nutre la amistad entre nuestros pueblos y gobiernos. Venezuela y México dan hoy, con esta visita de Estado, un paso adelante en sus relaciones; eslabón que afianza y compromete hacia el porvenir.

Señoras y señores:

Los invito a brindar por la amistad de Venezuela y México; por un destino común para nuestros pueblos; por un destino de prosperidad y de justicia; por un destino en que sigamos ensanchando la democracia y la libertad.

Los invito a brindar por la felicidad personal del excelentísimo señor presidente de Venezuela y amigo de los mexicanos, Jaime Lusinchi.

México, D.F., 27 de julio de 1987.